



Por Juan REJANO

I

Escuchaban al viento . . .

*Era una edad remota
como el cielo o el árbol del candor.*

*La soledad, la eternidad tan sólo:
tan sólo la distancia como una hermosa página.*

*Escuchaban al viento, las crines erizadas
del helado caballo que en las sombras subía
a degollar el alba de ojos núbiles,
y seguían caminando, pesadumbre en la espalda,
temblosas las manos de cristal e inocencia.*

*(En los atardeceres, el silencio
era como la hoja de una espada gigante
descansando en la muerte después de la batalla).*

*Primero fué la estepa, la queja del desierto
en las insurrecciones del polvo, las entrañas
heridas y reseca como una grieta humana.
Un ala de sed lívida, una sed como un monte
de truenos que no estallan y desgarran
y horadan*

y aniquilan

*llegaba hasta sus labios siempre húmedos,
y seguían caminando, destronada la frente,
en los ojos errátiles una niebla infinita.*

*Luego fueron los hombres, los esclavos, la sirga
halando de la nave, desangrando los hombros,
lentas leguas de orilla y de tristeza.*

*O el tropel de las hordas equinas en el vértigo
sonoro de los cascos y los asolamientos.*

*El látigo, el lamento, la sangre rodeábanlos,
y seguían caminando con sus pasos sin huella
hacia una luna grande tendida en el planeta.*

*Y la noche, la noche después, siempre: la noche
ciega y honda lo mismo que una sima sin bordes,
la noche de compactas tinieblas, enclaustrada,
sueño amargo cubriendo la pasión de los tactos.*

*La noche les quemaba la cintura,
y seguían caminando, la canción de las lágrimas
corriendo entre los juncos pensativos.*

*Se miraban de lejos los dos ríos longevos
como extraños tesoros esparcidos, inútiles,
se miraban, tendían sus brazos a las nubes,
y de la tierra inmensa como el dolor brotaba
un presagio de rojas banderas matinales.*

II

*Lleva el Don sobre la frente
un pájaro de rocío.*

*El Volga, un pétalo frío
como el lucero de oriente.*

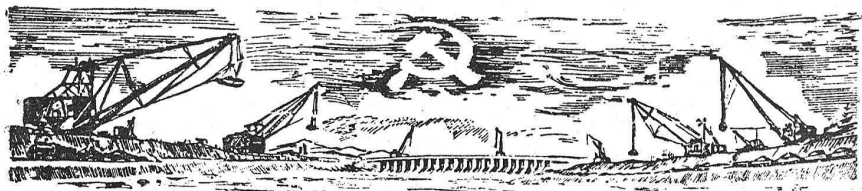
(Por la orilla del Volga
canta un soldado:
—Yo vi nacer un mundo
de Stalingrado.
¡Cómo se alzaba
la gloria entre las órdenes
que Stalin daba!)

Le nacen al Volga rosas
en la barba de esmeralda.
En la fugitiva espalda
al Don verdes mariposas.

(Junto al Don un cosaco
cosecha el grano:
—Mi pan ya no es de lágrimas:
soy koljosiano.
La paz anhelo.
¡Ay de aquél que la guerra
traiga a este suelo!)

El Volga siente pasión
por los labios de la aurora.
La luna trasnochadora
jazmines le arroja al Don.

(Jardines y ciudades
sobre lo inerte.
De la hoz y el martillo
huye la muerte.
Cantan los ríos:
—Esperanzas de toda
la tierra, uníos).



III

Sembró Lenin un sueño sobre el agua.
Stalin, con sus manos, lo ha hecho día.

En los planos creció.

*Son deslumbrantes los planos y los mapas donde
(el hombre
sus banderas minúsculas, sus cálculos ordena, como niños fragantes o ala-
(medas.
(Allí, entre las paredes de dorsos ateridos, todo era fuego íntimo, cifradas
(emociones,
compases, frentes ágiles, la luz irreveada, una amor numeral como el en-
(jambre).*

*De los planos saltó, corrió al regazo de la patria: los bosques, las montañas
vieron brillar su cola de cometa terrestre.
Quedó la orilla atónita, su cuello alzó la adelfa para verlo pasar,
la ciudad de los héroes sintió que humedecía sus mejillas una brisa amorosa,
y afilaron las torres sus agujas, abrió un árbol su copa de esperanza.*

Sembró Lenin un sueño sobre el agua.
Stalin, con sus manos, lo ha hecho día.

*Ya eran hombres entonces los que el viento dejaba sobre la tierra, al borde
de la promesa viva: ya eran hombres, obreros como hoces o gajos madurados
por los rojos emblemas de la creación sin uñas ni cadenas.
Y comenzó el capítulo primero, la primera jornada de sudor.
¡A trabajar!, dijo un voz, dijeron
mil gargantas, cien mil entrañas fértiles.
También el eco, alzando el invisible torso musculado,
se puso a trabajar.*

*Fué un solo golpe, un solo jadear rítmico y puro.
La noche envidió al alba, no hubo límite para decir: estoy cansado.*

Sembró Lenin un sueño sobre el agua.
Stalin, con sus manos, lo ha hecho día.

*Las máquinas rodaron sus nobles osamentas bruñidas por la luz como corazas
en líneas de batalla:*

*la gran excavadora
hundió su dentadura, rayo hambriento
que buscara en la tierra las vísceras ocultas, y las grúas
levantaron su vuelo laborioso como pesadas aves, sacudieron
los ejes del transporte el silencio inmortal de las llanuras
y cada brazo humano fué una furia, una rosa dinámica.*

*Voló el tiempo al olvido
& el horizonte vino a tenderse a los pies del hombre nuevo.*

Al llegar, sólo dijo.

camarada.

Sembró Lenin un sueño sobre el agua.
Stalin, con sus manos, lo ha hecho día.

Una noche la estepa —¿cuántos siglos sedientos?— sintió una lengua virgen por su piel arrastrando besos fríos.

Pequeños, dulces lagos nacieron como espejos temerosos sobre el árido vientre, sosegaron los vientos el galope de sus aspas, pájaros ignorados, hermosos y distantes como el destino, abrieron su fugitiva aparición: con ellos ya no habría amaneceres sin canción. En el seno de las aguas recientes fosforeció de pronto un diminuto ejército. Lejos, la nueva esclusa sus goznes ensayaba. Y un torreón al aire más allá (erguía su frente. Desde lo alto, un hombre le mostraba un laurel con rocío a la estrella del (Kremlin.

Sembró Lenin un sueño sobre el agua.
Stalin, con sus manos, lo ha hecho día.

Y al cabo los dos ríos abuelos, de la mano de un obrero radiante, llegaron uno a otro una mañana

—¡Qué viejos somos —dijo el Volga— y sin embargo qué juventud siento invadir mis venas!... —Hermano. —dijo el Don—, como la tierra que nos soporta somos ya: la luz del comunismo nos vuelve para siempre a la niñez. Y se abrazaron luego, se abrazaron como si dos criaturas siderales se unieran. De lo insondable un trébol caudal fué apareciendo: savia, luz y camino. Y quedaron unidos cinco mares, los cinco vértices de la rosa stalinista. (Desde el tierno cerezo de Michurin, se oyó reír de gozo a un koljosiano: toda la Unión Soviética sonaba como un órgano colosal en el júbilo).

Sembró Lenin un sueño sobre el agua.
Stalin, con sus manos, lo ha hecho día.



IV

La estrofa, el himno, el clamoroso acorde
a gloria vibren en los broncez épicos.
Ciña el laurel de Marx la sien innumera
del pueblo
de los Sóviets:

tu sien, excavador
de manos como encinas, ingeniero,
tu sien alumbradora, maquinistas,
albañiles, mecánicos, obreros
del afán prodigioso, vuestras sienes.
Y las tuyas, las tuyas, firme abuelo
del mundo, inmarcesible camarada
Stalin, torre del honor soviético.

El Canal Volga-Don, como el plumaje
de la paz, a la paz abre su espejo.
Con el nombre de Lenin en la frente,
el Canal Volga-Don lleva en su seno
la plural esperanza.

No hay obstáculos
para el vuelo
del águila marxista: entre sus alas,
vencidos, dominados, los secretos
de la naturaleza
van cediendo
sus ocultos poderes.
Libre, dueño
de su creación por vez primera, el hombre
siente crecer su sangre como un viento
que en cada onda desenlaza
un sueño.

El Canal Volga-Don la paz conduce.
Mientras el gángster lúgubre, de miedo
y ambición poseído,
en su agujero
maquina la explosión del globo, y deja
el virus de la muerte sobre el suelo
invicto de Corea, y paga en dólares
el contubernio
atlántico
de siervos,
y, tras la calavera de Adenauer,
en Alemania se agazapa urdiendo
el asalto a los pueblos liberados,
el Canal Volga-Don va discurriendo
por un mundo de paz y de trabajo,

entre hermosas canciones y aleteos
de palomas al sol,
primer destello
de la edad comunista, firme arteria
donde el genio
proletario establece sus victorias
en una aurora de fulgor perpetuo.

Gran Canal de la Paz, tus nobles aguas
desbordan ya los límites soviéticos,
la tierra entera cruzan fecundantes,
el corazón anegan de los pueblos,
y en cada labio comunista un hálito
dejan, una esperanza en cada obrero.

Gran Canal de la Paz, tus nobles aguas
por mi España también pasan abriendo
su resplandor glorioso,
al guerrillero
saludan en la sierra,
bajan luego
a las prisiones donde el patriota
sostiene con sus huesos
la bandera de luz, en los talleres,
en los hogares del dolor, en medio
de los campos, al niño,
al jornalero,
a la mujer que gime, al explotado
que ve llegar al yanqui hasta su suelo,
el látigo y la muerte entre las manos,
una caricia entregan, un desvelo
de Pasionaria, maternal imagen
que a España cubre de amoroso aliento.

Yo las siento en mis sienes,
yo las siento
en mi sangre cantar, aguas hermanas,
aguas de libertad, como si el terso
cristal de mi Genil
o el padre Ebro,
que a la patria levanta con sus brazos,
por mis brazos corrieran y en mi cuerpo
soñaran con el mar,
el mar que llevo
dentro de mí soñando con España
a todas horas, más que agua, fuego.

Gran Canal de la Paz, entre tus linfas
está otra vez España amaneciendo.